

EL MOVIMIENTO COMUNITARIO EN EL RÍO DE LA PLATA, 1968-1973. ALGUNAS EXPLORACIONES INICIALES

MAITE IGLESIAS¹

El presente trabajo se inscribe en la investigación que sustenta mi tesis de maestría en curso.² Esta tiene como objeto a la Comunidad del Sur, comunidad de inspiración anarquista de Montevideo, durante su primera época (1955-1975). Una de las mayores sorpresas al profundizar en las fuentes y presentar avances en distintas instancias académicas, fue el hallazgo de un movimiento social que trascendía la Comunidad del Sur y que abarcaba varios países de la región. Existió en los «largos sesenta» una red de personas que promovían el modo de vida comunitario y una constelación de comunidades urbanas y agrarias. Esa red se cristalizó en un movimiento autodenominado «Intercomunitario» en 1968, que nucleó a un conjunto de colectivos de Uruguay, Argentina y Bolivia que compartían este modo de vida como forma de militancia cotidiana. En este trabajo me propongo un estudio exploratorio de este movimiento, y la red de intercambios, viajes y encuentros que se tejió entre sus integrantes.

El abordaje de este objeto, que no ha sido trabajado aún por la historiografía, contribuirá a seguir trazando el mapa de unas izquierdas de los años sesenta más heterogéneas de lo que se ha pensado y a ampliar el abanico de movimientos sociales que protagonizaron un momento percibido como revolucionario a ambas orillas del Plata. La literatura de los movimientos sociales de fines de los «largos sesenta» uruguayos suele focalizarse o bien en el movimiento sindical y estudiantil, o bien en las organizaciones políticas armadas. En cambio, en los últimos lustros ha tomado fuerza la idea de que se trató de un momento de fuerte agitación social en el que se consolidó un «movimiento de movimientos» (Gosse, 2005), donde confluyeron múltiples formas de abordar la acción colectiva, incluyendo expresiones estéticas, corrientes intelectuales y nuevas prácticas conductuales. El movimiento comunitario o comunitarista fue una de tales apuestas, entendiéndose la palabra comunidad en una de las acepciones que cobró fuerza en el siglo XIX: se trata de

¹ Universidad de la República.

² Maestría en Historia Política, Facultad de Ciencias Sociales Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y Archivo General de la Universidad, Universidad de la República. La tesis se desarrolla con la tutoría del Dr. Diego Sempol. Durante la investigación conté con una beca de maestría otorgada por la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII).

experimentos en un modo alternativo de vida en grupo (Williams, 2015, p. 39).

La vida en comunas ha llamado la atención de investigadores de la contracultura del norte global, pero se conocen mucho menos las expresiones sudamericanas de ese fenómeno. Si bien es cierto que en el espacio rioplatense existieron colectivos de personas asociados a prácticas contraculturales que implementaron modos de vida comunitarios, este trabajo se dedicará a explorar específicamente una red en la que confluyeron militantes anarquistas escindidos de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y cristianos inspirados por la renovación posconciliar y la teología de la liberación. La red es entendida como una categoría de análisis que remite a constelaciones de relaciones interpersonales y vínculos informales, y que resulta fundamental en estudios centrados en la escala «micro», los cuales se proponen buscar explicaciones a asuntos que en la escala macro quedan sin resolver, como sostiene Giovanni Levi (2003, p. 283). En este caso, el estudio del movimiento comunitario permite echar luz sobre los puntos de encuentro entre militantes anarquistas y cristianos en los años sesenta.

En el estado actual de la investigación, la práctica de «seguir el nombre», como sugieren Ginzburg y Poni (1991), ha aportado indicios sobre la Comunidad del Sur, del Norte, Mensaje, de Minas y de Maldonado (las uruguayas), y Comunidad Tierra, Siembra, Fértil y grupos comunitarios de Guernica y de Rosario (las argentinas). El hilo conductor de este trabajo será la Comunidad del Sur y sus esfuerzos por poner en diálogo a las distintas comunidades del país y la región, así como por promover y apoyar la formación de nuevas comunidades. Efectivamente, este parece ser el actor colectivo que más contribuyó a dar forma al movimiento comunitario. Existieron algunas experiencias que, a pesar de una evidente afinidad, como la llamada Comunidad de La Teja, no parecen haberse conectado con los grupos mencionados (Barrales y Schneider, 2021; Ponce De León y Rubio, 2018). Las fuentes utilizadas se pueden organizar en tres corpus: los boletines, documentación interna y correspondencia del Archivo de la Comunidad del Sur (ACS); las entrevistas a integrantes de las distintas comunidades y algunas unidades documentales de sus archivos personales que con gentileza me brindaron, y prensa periódica relevada principalmente en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

En el período que abarca este trabajo, la Comunidad del Sur estaba radicada en un predio

cercano al Parque Rivera y contaba con aproximadamente cincuenta personas.³ El proyecto comunitario se asentaba sobre dos pilares: el trabajo cooperativo en un taller gráfico e imprenta homónima, y la organización de la convivencia donde todo se ponía en común y quedaba sujeto a la discusión y decisión colectiva. La militancia política y social en varios ámbitos fue un elemento central del proyecto, pretendiéndose evitar un encapsulamiento de la experiencia comunitaria sobre sí misma. En ese sentido, algunos de sus referentes solían hablar de la necesidad de constituirse en una «comunidad de comunidades» (Fosalba, 2013), aunque fue motivo de un fuerte debate el lugar que debía jugar el modo de vida comunitario en un contexto revolucionario.

Conviene empezar por reconocer el primer vínculo que tuvo la Comunidad del Sur con otra comunidad, antes de proponerse construir un movimiento. Sus fundadores, estudiantes universitarios de entre 20 y 25 años, reconocían en la Sociedad de Hermanos (*Bruderhof*), una fuente de inspiración y de apoyo importante (Miniño, 2015 y 2019). Se trataba de una comunidad anabaptista que debió huir de Alemania ante el avance del nazismo, y luego de Inglaterra, tras lo cual se establecieron en Paraguay y de allí se extendieron a otros países. La comunidad que instalaron en Montevideo (1951-1960), llamada *El Arado*, llegó a contar con unas 100 personas.⁴ Los conocidos como «barbudos» (por la larga barba que acompañaba su vestimenta tradicional) organizaron una exposición en la Facultad de Derecho, que inauguró una serie de contactos considerados indispensables para la puesta en marcha de dos proyectos comunitarios (*Lithocolor* y *La Canuta*) que terminaron confluyendo en la Comunidad del Sur (entrevista a Edda Ferreira en Trías y Rodríguez 2012; Thomson 2020). Sin embargo, el vínculo entre Comunidad del Sur y El Arado tenía limitaciones ideológicas importantes⁵ y se debilitó aún más tras el cierre de El Arado en 1960.

Eventualmente, fueron surgiendo en la región platense grupos de jóvenes interesados en

³ En 1972 el grupo comprendía unas 50 personas, 20 adultos, 4 adolescentes, 16 niños y varias más en plan de prueba (María Ruiz, «Comunidad del Sur», en *Equality* N.º 35, abril 1972, p. 3; Dinello y Méric, 1972, p. 14).

⁴ «Una experiencia comunitaria cristiana», *Política* N.º 2, noviembre 1960, pp. 51-52.

⁵ Los fundadores de la Comunidad del Sur eran en su mayoría militantes de Juventudes Libertarias y de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), y decían inspirarse en las ideas de anarquistas como Piotr Kropotkin, Martin Buber y Gustav Landauer. Según Coretta Thomson, quien estudió la historia de El Arado y tuvo acceso a los archivos de la congregación, la condición de «ateos humanistas» de los integrantes de la Comunidad del Sur, era un hecho insalvable para el *Bruderhof*, quienes encontraban todas las respuestas a los desafíos de la cotidianeidad comunitaria en su fe. Por lo tanto, entendían que era imposible que se trasladase su modelo a un contexto carente de ella (Pedro Scaron, «Comunidad en Uruguay», *El Arado* N.º 2, agosto 1955; Thomson, 2020, p. 111).

seguir el modelo de la Comunidad del Sur. «La Comunidad» —como se la conocía en el circuito militante— se constituyó en una referencia muy significativa para los distintos grupos que, tanto en Uruguay como en Argentina, se planteaban incursionar en la experiencia comunitaria. Así, era frecuente recibir visitantes interesados por conocer de cerca la dinámica cotidiana y las pautas organizativas de la vida comunitaria, con el fin de idear proyectos semejantes. También algunos referentes de la Comunidad viajaban para estimular y apoyar la formación de nuevas comunidades.⁶

En Buenos Aires, la experiencia más antigua y estable era la de la Comunidad Tierra, con la cual la Comunidad del Sur mantuvo un activo intercambio a lo largo de todo el período. De hecho, era frecuente que los adolescentes de una comunidad pasaran una temporada en la otra, como parte de su aprendizaje para la vida comunitaria, o que los adultos la visitaran en sus vacaciones.⁷ La Comunidad Tierra se encontraba asentada en Trujui (partido de Moreno, provincia de Buenos Aires), a unos 40 km de la ciudad de Buenos Aires, en un terreno de unas 10 hectáreas, y había sido fundada a fines de los cincuenta. Realizaban trabajos de chacra, tambo, tejeduría y carpintería.⁸ Contaban con una construcción para cada familia, y varias construcciones comunes: sala de estar, comedor, capilla, locales de trabajo, cocina y lavadero. Se ha destacado su particular arquitectura de casas blancas ideada por uno de sus fundadores, el arquitecto Claudio Caveri (Liernur y Aliata, 2004, p. 53). Esta comunidad de católicos, agrupaba a unas pocas familias de origen clasemediero, con varios niños cada una, y fue desarrollando una actividad económica y un fondo común que le permitieron autosustentarse. Funcionaba allí una escuela primaria gratuita y laica, tanto para niños de la comunidad como de la zona vecina. A diferencia de la Comunidad del Sur, donde llegó a cuestionarse el modelo de familia burguesa, en Tierra las familias mantenían una vida relativamente independiente, y pretendían «respetar en todo lo posible la unidad e intimidad familiar» (Schroder, 1975, p. 374).

En 1966 se fundó la Comunidad del Norte, iniciada por un grupo de ocho personas de los

⁶ Estos grupos enfrentaban no pocas dificultades. La trayectoria de Osvaldo Escribano, militante anarquista argentino vinculado a *La Protesta* y a la Biblioteca Popular José Ingenieros, es elocuente a este respecto. Desde Buenos Aires, Escribano encabezó una campaña de la «Comisión de Solidaridad Internacional con la Comunidad del Sur», destinada a recaudar fondos para financiar la construcción en el nuevo predio. Paralelamente, integraba un Grupo Comunitario de Buenos Aires que no logró concretar su proyecto, tras lo cual terminó viajando a Montevideo para integrarse a la Comunidad del Sur (entrevista con Osvaldo Escribano realizada el 5 de mayo de 2022).

⁷ A modo de ejemplo, véase boletín informativo, N.º 7, abril 1968. Caja A28, ACS.

⁸ Boletín *La Comunidad* N.º 1, abril-mayo 1968, p.16.

departamentos de Artigas y de Salto, trabajadores rurales y militantes sindicales, e instalada en un campo a orillas del Río Daymán perteneciente a la Iglesia Católica, a 10 km de la ciudad de Salto. En agosto de 1967, la cooperativa agropecuaria, que se había definido por un modo de vida comunitario, contaba con 8 hombres, 4 mujeres (de un promedio de edad de 27 años), 4 niños (el mayor de 8 años), y 3 niños más por nacer. Se dedicaban sobre todo a la lechería, incorporando también chacra y cuidado de aves, y distribuían los productos directamente a los consumidores, buscando saltarse los intermediarios que especulaban y encarecían los alimentos. A su vez, ofrecían funciones de cine y estrecharon el contacto con las organizaciones de trabajadores del campo.⁹ La iniciativa se vio estimulada por el obispo Marcelo Mendiharat y la militante y trabajadora social Dora Paiva, y encontró acogida entre un grupo de jóvenes vinculados a la Juventud Obrera Católica (JOC).¹⁰ La Comunidad del Sur se manifestaba de forma sumamente optimista por este grupo cuyo propósito, afirmaban, era mostrar un camino «desde y para el campesinado» basado en los principios de libertad, solidaridad y ayuda mutua. Desde su boletín, se celebraba una iniciativa que buscaba un cambio revolucionario desde organismos de base, realizando la «reforma agraria» a través de la prédica y el ejemplo.¹¹ Sin embargo, esta comunidad no logró sostener a lo largo del tiempo pautas de convivencia en común que fueran acordadas y respetadas por todos sus integrantes. A la vez, algunos de sus miembros se vieron involucrados en acciones de apoyo a los tupamaros, generando conflictos con el resto. Cuando hacia 1972 fue preso uno de los integrantes más activos, quien oficiaba de administrador, el grupo se disolvió.¹²

Mucho más cerca, en el mismo barrio de Malvín, se desarrollaba la Comunidad Mensaje. Esta comunidad se había gestado alrededor de 1968 entre un grupo de jóvenes vinculados a la Parroquia de Santa Rita e influidos por la pastoral social del Iglesia y la lectura de *Vispera*. Sus referentes principales fue la pareja de Luis Enrique Marius¹³ y Elba Martínez.

⁹ Boletín *Comunidad* N.º 4, agosto 1967, p. 4. Caja A28, ACS. Boletín *Comunidad* N.º 5, diciembre 1967, pp. 5, 6 y 16. Caja 8, ACS.

¹⁰ Entrevista con Adela Francia y Ángel Rocha realizada el 12 de setiembre de 2022.

¹¹ Boletín *Comunidad* N.º 4, agosto 1967, p. 4. Caja A28, ACS. Boletín *Comunidad* N.º 5, diciembre 1967, p. 16, caja 8, ACS.

¹² Entrevista con Adela Francia y Ángel Rocha.

¹³ Trabajador administrativo de la industria textil y dirigente del Congreso Obrero Textil (COT), Acción Sindical Uruguay (ASU) y según una entrevistada, también de los Grupos de Acción Unificadora (GAU) (entrevista con Graciela Popelka realizada el 8 de noviembre de 2021). Posteriormente exiliados a Venezuela, Marius ha sido reconocido como fundador del Centro Latinoamericano para el Desarrollo, la Integración y la Cooperación (CELADIC) y por su participación en

La mayor parte del grupo, constituido por alrededor de una docena de jóvenes, estaba vinculada al Partido Demócrata Cristiano (PDC).¹⁴ De manera similar a la Comunidad del Sur, Mensaje se dedicaba a realizar trabajos de Planograf, aunque muchos mantenían sus trabajos regulares. Además, junto a la Comunidad del Sur, emprendieron un taller de encuadernación y clases de cerámica, proyectos que permitieron profundizar el vínculo entre ambas comunidades. Sin embargo, Mensaje tenía una impronta particular que integraba la religión a su vida cotidiana, por ejemplo, al realizar misas, instancias de reflexión y al contar con el acompañamiento de un cura, Pedro Suárez.

Mientras tanto, en Buenos Aires, surgieron dos grupos comunitarios (Siembra y Guernica), y otro en Rosario. La circulación de personas y publicaciones de las comunidades ya existentes permitía demostrar la viabilidad y deseabilidad de las comunidades, estimulando la formación de otras, como muestra la correspondencia:

A poco de nuestro regreso de Montevideo, y luego de efectuar una rápida visita a la comunidad 'Tierra', surgió en un reducido núcleo de nuestras amistades, entusiasmadas por lo que nosotros les relatábamos, la iniciativa de constituir un grupo comunitario que se pusiese ya a buscar una vivienda común y un medio de trabajo. En realidad nos hemos formado el concepto de que un grupo comunitario debe afirmarse desde un primer momento sobre gente mentalmente sana, consciente de la experiencia que va a realizar y constructiva. Mientras se esclarece el panorama tenemos dispuesto abocarnos a la difusión de nuestras concepciones y propósitos. Hemos resuelto editar un boletín mimeografiado y estamos a la espera de poder participar por lo menos en la distribución del boletín de que hablamos en Montevideo y que ustedes imprimirían.¹⁵

El boletín mimeografiado que lograron editar entre 1968 y 1969, llamado «La Comunidad» y luego «La Comunidad Voluntaria», da cuenta del fortalecimiento de los vínculos entre las comunidades existentes. Además de la colaboración para su financiación, estos incipientes grupos buscaban reunir reflexiones a partir de la experiencia de la Comunidad del Sur, la Comunidad Tierra y la Comunidad del Norte, junto a producciones teóricas acerca de las posibilidades y límites de las comunidades. El grupo de Guernica no parece haber

múltiples instancias de asesoramiento en la estructura de la Iglesia Católica.

¹⁴ Entrevista con Héctor Lescano, realizada el 28 de setiembre de 2022.

¹⁵ «De Ana María y Mario Marrone». Boletín *Comunidad*, s.n., mayo 1966, p. 12. Caja A28, ACS.

prosperado, tal vez porque fue encabezada por Hans Meier, un exmiembro del Bruderhof de unos 66 años, cuyo horizonte posiblemente distaba bastante del de los jóvenes bonaerenses del 68. En cambio, la Comunidad Siembra se desarrolló en la misma localidad que Tierra, y en Cañada de Machado, Río Primero, en la provincia de Córdoba, lo hizo la Comunidad Fértil.¹⁶ Hasta donde se conoce, el grupo rosarino no terminó de concretar su proyecto.

Entre abril y agosto de 1968 fueron varios los viajes de miembros de Comunidad del Sur, Siembra y Guernica, visitándose unos a otros, hasta que en junio de 1968 se acordó la realización de un seminario comunitario.¹⁷ Paralelamente, en las Jornadas de los Servicios (importante instancia de organización interna de la Comunidad del Sur) se tomó la decisión de destinar fondos y compañeros para «iniciar una militancia decidida» con la Comunidad del Norte y similares comunidades en Argentina, con el fin de tender a la creación de un Movimiento Comunitario.¹⁸ En julio, un integrante de la Comunidad del Sur viajó a Buenos Aires para establecer contacto con Siembra, y, según se expresaba en un boletín interno, «expresar con hechos el compromiso de grupo frente a la concreción de nuevas experiencias».¹⁹ A partir de allí se desarrollaron una serie de encuentros que fortalecieron los vínculos entre las comunidades argentinas y uruguayas, y una boliviana de la cual poco se conoce. Entre el 19 y 22 de junio de 1969, se desarrolló en Buenos Aires el primer «Seminario Intercomunitario»; y entre el 21 y 24 de marzo de 1970 en Montevideo, el segundo «Seminario Intercomunitario», ahora calificado de «latinoamericano».

El primer seminario fue registrado en las páginas de *La Protesta* como un encuentro «hacia un cambio revolucionario». El encuentro tuvo los siguientes propósitos, según se afirmaba: «1) ubicar, en nuestro tiempo, las realizaciones comunitarias; 2) visualizar los problemas específicos de la comunidad, de orden interno y en relación con el medio y 3) intentar la elaboración de bases para la creación de un movimiento».²⁰ La ocasión sirvió de estímulo para que en la Comunidad del Sur se procesara una serie de discusiones y definiciones intelectuales e ideológicas. El grupo trabajó arduamente en los meses previos, elaborando informes que discurrían sobre la crítica a la sociedad de masas y el capitalismo, al

¹⁶ Boletín *La Comunidad Voluntaria* N.º 3, agosto 1969, p. 4.

¹⁷ Boletín informativo N.º 16, 24 de junio de 1968, p. 3. Caja A28, ACS.

¹⁸ Actas de las Jornadas de los Servicios, junio 1968, ACS colección digital.

¹⁹ Boletín informativo N.º 18, 15 de julio de 1968. Caja A28, ACS.

²⁰ *La Protesta* N.º 8114, julio 1969, p. 2.

sindicalismo, los partidos políticos, la planificación centralista y otros intentos de llevar a cabo el «socialismo» (dictadura del proletariado y social-democracia). También se discutió sobre la necesidad y características del cambio social, la toma de conciencia y las estrategias para el cambio revolucionario. Los informes presentados por la Comunidad del Sur al Seminario Intercomunitario inscribían a las comunidades en una tradición revolucionaria que no pretendía tomar el poder, sino generar el cambio desde las bases, insistiendo en la importancia de articular las comunidades, los sindicatos, las agrupaciones estudiantiles, y los centros gremiales y barriales.²¹

Buena parte de estos contenidos fueron recogidos en una «Declaración» del seminario, que adjudicaba a las comunidades un doble objetivo: «resistir a la enajenación presente en todos los terrenos posibles, y como organismo de autogestión (personalización) a nivel posible en el trabajo, la educación, la recreación, el consumo.» Para lograr esos objetivos, se insistía en la necesidad de crear un movimiento que generase un intercambio e integrase las distintas experiencias comunitarias, en busca de una estrategia común que les permitiese consolidarse como un factor de cambio y un «modo de vida nueva». De lo contrario, las comunidades corrían el riesgo de disolverse o ser absorbidas por «el sistema».²² Con el fin de propender al intercambio, en el Seminario se resolvió editar un boletín que reflejara la variedad de proyectos que tenían en común la búsqueda de una «comunidad fraternal y libre», y que llenara un vacío «en este sector del pensamiento y la acción ejemplificadora hacia la sociedad futura».²³

El conjunto de comunidades se trazaba también el objetivo de editar una versión castellana del *Courrier Communautaire International* que se editaba por entonces en Bélgica en idioma francés. Este objetivo, que parece no haberse llegado a cumplir, da cuenta no obstante de la voluntad de inscribirse en un movimiento de contornos globales y de generar diálogos locales dentro de él. Así y todo, se llegó a crear el Centro Comunitario Latinoamericano, con sede en La Paz (Bolivia), como una «filial autónoma» del *Centre Communautaire International*. Se le adjudicaba el objetivo de facilitar los contactos entre comunidades, y promover el dinamismo de un movimiento comunitario que fuese

²¹ Ponencias elaboradas por Comunidad del Sur para el Seminario Intercomunitario (19-22 de junio, 1969). ACS colección digital.

²² Boletín *La Comunidad Voluntaria* N.º 3, agosto 1969, p. 4.

²³ Boletín *La Comunidad Voluntaria* N.º 3, agosto 1969, p. 4.

«promotor del cambio social».²⁴

En Uruguay, las comunidades pretendieron fortalecer su coordinación por medio de la formación de un Movimiento Intercomunitario del Uruguay o Nacional (MIN), y su órgano, *Encuentro*, del cual se conservan cuatro números. Hubo al menos dos encuentros de las comunidades uruguayas, entre el 5 y 7 de diciembre de 1969, y en febrero de 1970. Mirta Bentancour (por Comunidad del Sur) y Luis Enrique Marius (por Comunidad Mensaje) integraban su «Equipo Coordinador». En poco tiempo, las comunidades parecen haberse multiplicado. La Comunidad del Sur venía emprendiendo acciones mucho más enérgicas en ese sentido desde que un «Congreso de Jóvenes» realizado en Soriano en marzo de 1969 había permitido que varios grupos de distintos departamentos interesados en el cooperativismo tomaran contacto con ella.²⁵ De esa manera se daba inicio a un período marcado por las giras y la correspondencia con el interior del país, que se enlazaron con las reuniones del llamado METAL (Movimiento pro-Expropiación de Tierras al Latifundio). De las múltiples iniciativas planteadas, se optó por apoyar activamente a un grupo evangélico de Dolores. El contacto inicial se realizó con dos integrantes de un grupo evangélico, y se planificaron una serie de acciones, como una feria con artesanías y libros en esa ciudad, y un campamento.

Una comitiva de la Comunidad del Sur también visitó una comunidad en Maldonado, fundada en junio de 1969. En noviembre, la comunidad contaba con 4 parejas, una persona mayor y 7 niños. La evaluación que se hacía es que a pesar de estar poco estructurada, avanzaba con seriedad y firmeza hacia una «vida socialista» desde una perspectiva cristiana, intentando «realizar los principios sociales del Evangelio».²⁶ Resultaba fundamental el apoyo de los curas capuchinos de la iglesia de Maldonado, en cuya casa parroquial se estableció la comunidad, que aparece en algunos registros bajo el nombre de *Fraternidad Familiar*. Esta experiencia no contaba con un emprendimiento productivo, lo cual consideraba prioritario, e iniciaron con dificultades una chacra en el cerro Urquiza. A pesar de pretender experimentar un modo de vida alternativo, se trataba de un proyecto altamente dependiente de una familia en particular, los Escudero, lo cual, sumado a las

²⁴ «Centro Comunitario Internacional. Filial latinoamericana» [c. 1969-1970]. Caja B95, ACS.

²⁵ Se registran varias propuestas desde Durazno, Salto, Las Piedras, Maldonado, Dolores, Bella Unión y Paso de los Toros, entre otras. Boletín informativo N.º 35, 12 de octubre de 1969. Caja A28, ACS.

²⁶ Boletín informativo N.º 40, 13 de noviembre de 1969. Caja A28, ACS.

dificultades en la auto sustentación, terminó por diluir el proyecto que duró no más de un año.²⁷

Por último, se formó en Minas una comunidad integrada por 8 personas, 3 de ellos sacerdotes, actuando en un «medio social obrero de explotados y desocupados» en el que ponían en práctica sus ideales cristianos «para cambiar al hombre y las estructuras», según la información que ellos mismos enviaron a la Comunidad del Sur.²⁸ Estos sacerdotes franciscanos organizaban grupos de reflexión, formaban líderes obreros, y colaboraban en la construcción de viviendas y la plantación de cultivos. Habitaban un viejo molino en Minas donde había un convento y luego pasaron a alquilar una casa en el barrio Las Palmas, para luego ocupar una casa que construyeron en un terreno cedido por el dueño por 10 años.²⁹

Es evidente que todas las comunidades con las cuales se vinculó la Comunidad del Sur eran cristianas. Precisamente, el estudio de este movimiento permite entender cómo el universo comunitarista generó lazos impensados entre el mundo anarquista y el cristiano, reactualizándolos con un lenguaje propio de los sesenta latinoamericanos. El primer número del boletín *Encuentro*, da cuenta de un intento por hacer confluir las lecturas de cabecera de ambos universos, por ejemplo, combinando citas de los filósofos Herbert Marcuse y Albert Camus con citas de San Ambrosio y Camilo Torres. Al colocar a las experiencias comunitarias en la órbita de la revolución y la liberación, se generaba un punto de encuentro, como se observa en la siguiente cita:

... tenemos plena fe en lo que queremos, y la seguridad de lograrlo, porque nos anima la necesidad de caminar juntos, una opción vivencial de planteos revolucionarios, y sed de liberación. Esa sed que sienten los oprimidos, y que se transforma en conciencia revolucionaria, cuando se levantan las miras de los inmediatismos para buscar la liberación, no ya formal, sino integral de todos los hombres, más allá de las instituciones, mas lejos aún de los sectarismos paralizantes, mas cerca del ser humano [sic]³⁰

Según se relata, ya en su primer encuentro los grupos repararon en sus diferencias, pero

²⁷ Entrevista con Carlos Pagola realizada el 23 de setiembre de 2022.

²⁸ Boletín *Encuentro* N.º 3, julio 1970, p. 11.

²⁹ Entrevista con Héctor Lescano y Boletín *Encuentro* N.º 3, julio 1970, p. 11.

³⁰ Boletín *Encuentro* N.º 1, enero 1970, p. 1.

entendieron que tenían fuertes coincidencias, como el haber sido formadas «al calor de tareas militantes sociales, profundamente integrados en un proceso revolucionario, no aislados de la realidad nacional e internacional».³¹ La principal conclusión a la que se llegó de forma conjunta fue en torno a «una idea común de la revolución, entendida como un proceso, antes, durante y después».³² La vida comunitaria era entendida como la forma auténtica de poner en práctica en el presente los valores defendidos, de involucrar al ser humano de forma integral en el cambio social, a la vez que transformarlo. Se entendía que la situación era propicia para la perspectiva comunitaria, especialmente porque se estaba atravesando una «crisis de valores» que implicaba la alienación humana y favorecía a la oligarquía. En ese sentido, se ubicaba al proyecto comunitario en la base de la construcción de un cambio no solo social, sino también cultural, entendido como fundamental en el proceso revolucionario.

Hubo un solo proyecto que no tuvo carácter cristiano, y fue el proyecto de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) de fundar la Comunidad «Tierra de Todos-Lourdes Pintos» (TTLP) en los campos de Silva y Rosas, apoyado con entusiasmo por la Comunidad del Sur. Precisamente, los años de gestación del Movimiento Intercomunitario fueron también los años en que se estrecharon los lazos entre la Comunidad del Sur y UTAA, registrándose viajes, intercambios y colaboraciones múltiples (Prieto, 1986; González Sierra, 1994). Un representante del sindicato azucarero participó como invitado en el Segundo Seminario Intercomunitario Latinoamericano.³³ En las páginas de *Tierra y Libertad*, defendiendo el proyecto de la cooperativa, se entendía al cooperativismo integral como un «arma revolucionaria». Se respondía así a quienes los acusaban de «reformistas y de abandonar la lucha de clases por haber levantado la bandera de la expropiación», intentando conciliar al cooperativismo con la lucha de clases y la dictadura del proletariado.³⁴ Según Ruben Prieto, evidentemente existió una «correlación» entre el contacto e intercambio entre UTAA y la Comunidad del Sur, y el proyecto de la Comunidad TTLP (Prieto, 1986, p. 96). Pero también cabe destacar la transformación que ocurrió en la

³¹ Ídem.

³² Ídem.

³³ «II Seminario Intercomunitario Latinoamericano», notas de Ruben Prieto. Caja A47, ACS. En su libro, Prieto afirma que quien asistió al encuentro fue el dirigente cañero Nelson Santana, pero también comete el error de afirmar que eso fue en 1973, por lo que el dato no es seguro (Prieto, 1986, p. 97).

³⁴ *Tierra y Libertad* N.º 7, 15 de enero de 1971.

posición política de muchos de los comuneros de Comunidad del Sur, tal vez también como consecuencia de la profundización de estos vínculos.

Al igual que otros actores, en la Comunidad del Sur existió un proceso de radicalización y legitimación (soterrada) de la violencia revolucionaria. La inclinación de los esfuerzos hacia el Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra, la participación muy disimulada en acciones de colaboración con la Organización Popular Revolucionaria (OPR-33) y especialmente el movimiento 22 de Diciembre, y la participación de varios de sus integrantes en la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), habrían de generar un cambio sustantivo en la posición ideológico del grupo anarquista que a comienzos de los sesenta se había presentado como pacifista y antimarxista. Entre los materiales de difusión del grupo empezaron a figurar citas de Ernesto Che Guevara, añadiéndose al ecléctico conjunto de lecturas que se ponían en diálogo en la experiencia.³⁵ A partir de 1970 varias de las comunidades sufrieron allanamientos. A fines de ese año, en el boletín *Encuentro* se planteaba la necesidad de reencontrarse, algo que puede haber sucedido en 1971 y 1973, aunque no se ha podido confirmar. En síntesis, la desarticulación del movimiento comunitario fue concomitante a la profundización del compromiso en actividades clandestinas por parte de varios integrantes de distintas comunidades, y al aumento de la represión y la violencia estatal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrales, D., y Iglesias, N. (2021). *¿De qué lado está Cristo? Religión y política en el Uruguay de la Guerra Fría*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Dinello, R., y Méric, P. (1972). *Théorie et pratique de la communauté*. París: Béliaste.
- Fosalba, R. (2013). Una experiencia de cooperativismo integral: Montevideo 1958-1975. En M. González de Oleaga (Comp.), *En primera persona. Testimonios desde la utopía* (pp. 157-184). Barcelona: Need Ediciones.
- Ginzburg, C., y Poni, C. (1991). El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico. *Historia Social*, (10), 63-70.
- González Sierra, Y. (1994). Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales del Uruguay. Montevideo: Editorial Nordan-Comunidad.
- Gosse, V. (2005). *Rethinking the New Left. An Interpretative History*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Levi, G. (2003). Un problema de escala. *Relaciones*, 24(95), 279-288.
- Liernur, J. F., y Aliata, F. (Comp.). (2004). *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*.

³⁵ Boletín informativo N.º 36, 16 de octubre de 1969. Caja A28, ACS.

- Buenos Aires: Agea.
- Miniño, A. (2015). *Ruben G. Prieto y la Comunidad del Sur: aproximaciones a su producción creadora* (Tesis de grado, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República, Montevideo).
- Miniño, A. (2019). En torno a los orígenes de la Comunidad del Sur: indicios de una plural y heterodoxa genealogía. En *Actas del II Congreso Internacional de Investigadorxs sobre Anarquismo(s)*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República-Cedinci.
- Ponce de León, M., y Rubio, E. (2018). *Los GAU. Una historia del pasado reciente (1967-1985). Vivencias y recuerdos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Prieto, R. G. (1986). *Por la tierra y por libertad. Trabajadores rurales y proceso revolucionario: UTAA y el MNL (Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra)*. Montevideo: Nordan Comunidad.
- Schroder, J. (1975). La Comunidad «Tierra». En S. Bagú, R. Couch, C. Valle, B. Melano Couch, W. Villalpando, C. Hernández Penela y J. Schroder, *Familia y sociedad. Cuestionario para una familia en crisis* (pp. 371-374). Buenos Aires: Tierra Nueva.
- Thomson, C. (2020). *Una estela en el Río de la Plata: El Bruderhof en Uruguay, 1950-1960* (Tesis de grado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Montevideo, Montevideo).
- Trías, I., y Rodríguez, U. (2012). *Gerardo Gatti, revolucionario*. Montevideo: Trilce.
- Williams, R. (2015). *Keywords. A vocabulary of culture and society*. Nueva York: Oxford University Press.